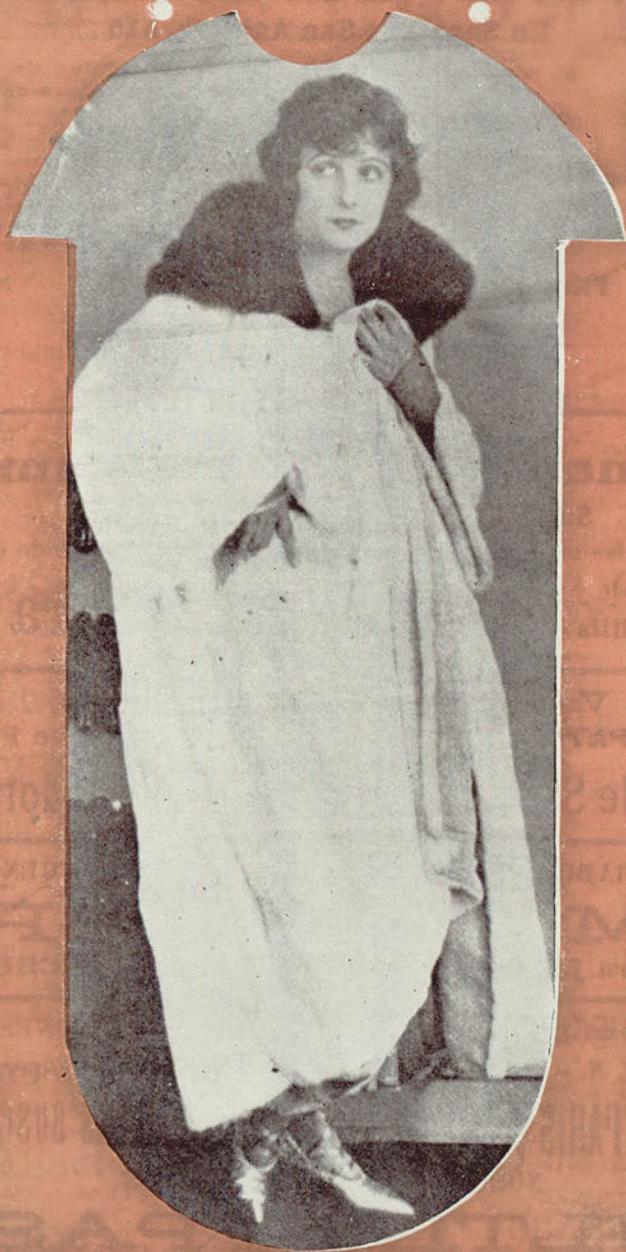


# LA SEMANA CINEMATOGRAFICA



NORMA TALMADGE

Año I :: Núm. 3

23 de Mayo 1918

Precio: 30 centavos

## Una Aventura de Amor

**C**OMENZARÉ por hacer a mis lectoras una confesión: la de que estoy terriblemente enamorado de Carmel Myers. Será esto una locura, un desatino, lo que ustedes quieran, pero es así. Esta mujer divina me quita el sueño y el apetito.

¿Cuándo y dónde me enamoré de ella? Pues, es muy sencillo: en el cine, viendo pasar un día Las Sirenas del Mar. Fué aquello para mí como una estocada en pleno corazón. ¡Qué mujer mas linda, más preciosa más escultural! Gracia, juventud, belleza, fuerza, todo lo tenía.

No hay para qué decir que a la noche siguiente y en todas aquellas en que se repitió, estuve de nuevo a ver la cinta. Andaba como un tonto, de acá para allá, de cine en cine, persiguiendo a la sirena. ¡Y qué sensaciones! En la parte primera, cuando las sirenas comienzan a desnudarse a orillas del mar, tenía que sujetarme el pecho a dos manos para que no se me escapase de él el corazón y volase a la pantalla.

Al cabo de algunos días, la cinta se fué a Valparaíso. No hay para qué decir que yo me fuí tras ella. Y allá como aquí, de cine en cine. Yo estaba hundido, cojido, acogotado, traspasado por aquella mujer encantadora.

Como todo se acaba en este mundo, un día se llevaron la cinta a Buenos Aires. ¡Y adiós mi plata! Yo no tenía plata para seguirla. Lo único que pude hacer, fué irme a parar al muelle para ver partir el vapor que se llevaba la película. ¡Triste consuelo!

Volví a Santiago, abatido, pensativo, caibzabajo y más enamorado que nunca. Había comprado todas las fotografías de Carmel Myers, me había suscrito a todas las revistas cinematográficas del mundo i tenía mi pieza completamente empapelada con retratos suyos.

Bajaba yo lentamente a la tumba, consumido por aquel amor imposible, cuando se me ocurrió una idea luminosa. ¿Si yo fuese allá? me dije. Allá, es decir a su tierra, a la yankilandia, al país en que ella vive, en que ella respira, a la tierra que ella pisa, a la playa en que ella se baña... Estar con ella, verla, oirla, sentirla, tocarla... La tentación era irresistible.

Y partí. Partí sin decir nada a nadie, a

escondidas, en secreto, como quien va a cometer un crimen. La familia, la vida, los negocios ¿qué me importaban? Mi vida estaba allá, con ella, con la hermosa, con la divina, con la incomparable y amada creatura.

Llegar a Nueva York, correr, informarme, averiguar donde estaba Carmel Myers, todo fué uno. Nunca me parecieron tan útiles los autos ni comprendí tan bién las ventajas de su gran velocidad, como en ese día de mi llegada al núcleo de la yanquería.

Pero Carmel Myers no estaba allí. Se encontraba lejos, muy lejos, en las costas de la California, trabajando en una nueva film a orillas del mar.

Todavía no me habían dado la noticia, cuando ya estaba yo arreglando mis maletas y partiendo hácia aquellas costas adoradas. Adoradas, sí, tal como suena. Yo nunca las había visto, pero me bastaba que ella estuviese allí, para que aquel fuese para mí el lugar más querido de la tierra.

¡Aí! y qué despacio caminaba el tren que me llevaba...

Llegué, por fin. Llegué, busqué, averigüé, indagué, hasta que por fin la hallé. ¡Qué emoción, qué minuto, qué segundo aquel en que esperaba en la puerta de su villa para verla subir al auto. ¡Verla! ¡verla por fin Verla a ella, a ella misma, en persona, estar ahí a un paso... Aquello era más de lo que podía soportar un ser humano, un pobre muchacho de veinte años...

Salió. ¿Salió, he dicho? N6, no salió: apareció, brilló, irradió delante de mis ojos un instante, en un deslumbramiento, y subió al auto, mientras yo caía desvanecido en brazos de un guardian.

No alcancé a desmayarme del todo, pero fuí a sentarme a la orilla del camino y cerré los ojos. Oh dulzura infinita, inefable, indescriptible, del primer amor... quien no te ha sentido, no ha vivido.

Una hora larga y dulcísima estuve soñando a orillas del camino. Ella, ella, ella, me decía, y me repetía esta palabra sin cesar, embriagado en la visión de claridad, de juventud, de gracia y de hermosura que flotaba delante de mis ojos. Hubiera querido quedarme para siempre así, con los ojos cerrados, sin moverme, viéndola eternamente.

Pero el hombre es ambicioso, insaciable, y cuando ha conseguido una felicidad, quiere otra mayor. Luego mi imaginación voló hacia la playa. Allí estaría ella, la sirena...

Taves en esos momentos se arrojaba al agua... Talvez salía en esos instantes de las ondas... De un salto me puse de pié

¡Vuela, vuela, vuela, rápido automóvil! Vuela, que ella, mi amor, me espera. Vuela, vuela.

Llegamos. ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Cómo se pasa?

—Señor, no se pasa.

Reclamaciones, conferencias, discusiones, todo inútil.

¿Inútil? ¡Ya veremos!

Al día siguiente, con una orden en regla del Gerente de la Compañía, obtenida cablegráficamente por el Cónsul General de Chile en Nueva York, estaba yo, muy temprano, entre los acantilados, esperando...

¿Esperar? NÓ, eso no es esperar. ¿Aguardar? Menos.

Inútilmente buscaría una palabra que pudiera dar idea de lo que sentía yo en aquellos largos minutos que precedieron a su llegada.

Pero, llegó por fin. Llegó radiante, con la risa en el rostro, bajo un ancho sombrero blanco de alas estendidas. Hablaba animadamente, sin dejar de reír, con dos yankees rapados y colorados que me parecieron horribles.

La observé largo rato, de muy cerca, sin moverme, disimulando mi emoción. Era blanca, con una blancura mate que armonizaba admirablemente con sus cabellos negros. Su cutis terso y fino, lleno de juventud, parecía más fresco que el de un niño. Reía, reía constantemente, mostrando sus dientes fuertes y hermosos. Cuando estaba seria, su rostro tomaba una expresión de vigor y de energía: se hubiera dicho que era una Minerva, una imagen de alguna diosa o de una princesa antigua.

Durante un momento, fijó sus ojos en los míos. Nos miramos, frente a frente, dos segundos. ¿Eran necesarios más de dos segundos? En ellos se lo dije todo, mis ansias, mis ensueños, mi amor, mi adoración. Por un instante, me pareció que se abrían en sus pupilas las ventanas de su alma. Duró aquello la millonésima parte de un segundo: en seguida se cerraron de nuevo.

¿Qué hacer?

¡Morir!

¡Desaparecer para siempre!

¿De qué me servía yo la vida?

Las lágrimas nublaron mis ojos y la desesperación hizo presa en mi alma.



MARGARITA FISCHER

¿Para qué había ido? ¿Para qué había hecho aquel viaje?

Un desconsuelo enorme, un abatimiento infinito habían caído sobre mí. Estaba sin fuerzas, abatido, anonadado, aplastado. No me quedaba otra cosa que morir. ¡Morir! Es dulce morir cuando se ama y se sufre...

¡Oh! bien decía mi abuelo que el saber siempre es útil. Cuántos malos ratos pasé en mi juventud por causa del inglés. Maldito idioma entonces, ahora bendito. Gracias al cielo que lo había aprendido.

Los dos gringos rapados y colorados que hablaban con Carmel Myers, se acercaron a mí, sin verme, y comenzaron a hablar, sin darse cuenta de que yo oía y entendía toda su conversación. Señalaban a lo lejos los acantilados de la costa, en un punto en que se internaban en el mar, y, según pude colegir, Carmel Myers debía llegar nadando cerca de ellos, no sé para qué.

No necesité oír más. Me deslicé a escondidas por entre las rocas y me lancé corriendo a las rompientes. Con la agilidad de un gamo, trepé por entre las rocas, y gateando, saltando, y siempre ocultándome, llegué al extremo de los acantilados. ¡Bendita la hora en que aprendí el inglés!

¿Qué pensaba hacer? No lo sabía. Pero yo haría algo. Estaba seguro de ello.

De pronto el corazón me dió un vuelco en el pecho. Carmel Myers, vestida con traje de baño, apareció entre las rocas que yo tenía al frente y se lanzó al agua. Nadaba, nadaba, como ella sola y Anita Kellermann saben hacerlo.

Al cabo de algunos minutos, mi sirena estaba ya cerca de mí y se dirigía recta a uno de los altos acantilados cortados a pico. Entonces tomé una resolución desesperada. Sin desnudarme, y tal como andaba, me acerqué al borde del precipicio y me arrojé al mar, veinte o treinta metros delante de ella. Caí como una piedra, y aunque sé nadar admirablemente, no hice empeño por sostenerme a flote. Moriría. ¿Para qué quería la vida? Las olas me cubrieron, me trajeron, me llevaron. Pero no podía tragar el agua del mar. Tampoco podía hundirme. La costumbre de nadar, no sé qué, hacía que yo, involuntariamente, me mantuviera a flote. De pronto, un brazo vigoroso me levantó por la espalda. Era Carmel Myers que llegaba en mi socorro. ¡Era ella! Ella, ella... Cerré un momento los ojos, y entonces sí que creí realmente que iba a morir, pero de dicha, de felicidad, de amor. Ha-

ciendo un viraje, la hermosa nadadora me arrastró consigo a los acantilados vecinos. Me llevaba cogido con el brazo izquierdo y nadaba vigorosamente con el derecho. Yo estiré también mi brazo, como inadvertidamente, y me cogí de su cintura.

Cuando estuvimos en las rocas, me tomó las manos y me dijo:

—¿Por qué te arrojaste al agua?

—Porque quería morir.

—¡Morir! ¿Y por qué?

—Porque te amo.

Soltó mis manos, abrió los ojos, quiso reír y después me miró de una manera particular, con esa mirada indescriptible y honda de una mujer que mira a un hombre. ¡Hombre! claro que yo lo era ya, a pesar de no tener sino veinte años; pero era hombre porque amaba y sufría.

Carmel Myers volvió la cabeza, como para ver si alguien nos miraba. Después bajó la vista y permaneció silenciosa. ¿Qué haría? Temblando esperaba yo, como espera el reo su sentencia.

Largo rato estuvimos en silencio. Por fin, ella levantó la cabeza y me miró profundamente, misteriosamente. Luego, con voz muy ténue y una sonrisa dulcísima, me dijo, ruborizándose ligeramente:

—Tonto... ¿morir por eso?

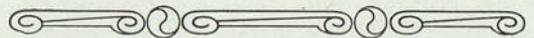
Yo no contesté, pero me arrojé a sus plantas, cubriendo sus manos de besos.

Cuando levanté la vista, ella me sonreía. ¿Era compasión? ¿era amor? No sé, pero poco a poco su cabeza se fué acercando a la mía y nos besamos con un largo y delicioso beso...

En seguida, nos arrojamos al agua...

Y ahora, para terminar, debo hacer a mis lectoras otra confesión, y es que todo esto lo soñé una noche, después de ver «Las Sirenas del Mar».

Boy.



## LA CHILE FILM

La empresa chilena, filmadora de películas, que gira con este nombre, ha quedado a cargo exclusivo del señor Salvador Giambastiani. La sociedad que existía entre los señores Bidwell, Larraín y Giambastiani, ha sido disuelta.